



❖ boletín informativo ❖

ASOCIACIÓN CULTURAL «AMIGOS DE MACOTERA»

Número 68

Ejemplar gratuito

Diciembre 2000

Buscando una esperanza

*Me gustaría, madre,
sacar el dolor de mi corazón, madre,
que cuando el llanto no tiene lágrimas,
es más fuerte, atenazando el alma.*

Hace ya muchos años, cuando las estrellas brillaban por las noches, en esos días en que se juntaban las sonrisas de la tarde con los guiños del crepúsculo, sucedió que en un pequeño país de un planeta, llamado Zalaqueus, apareció un mago o tal vez un soñador de nostalgias insatisfechas; algunos le tacharon de vagabundo, un correccaminos que arrasaba el palpitar de su caminar sin rumbo fijo, un día acertó a pasar por un bosque cuando, de pronto, un torbellino de palabras surgió de los alcores perdidos en el horizonte. Aunque se encontraba lejos, oía todo con la fuerza de un martillo en el yunque de su cerebro adormecido por el cansancio en su peregrinar. ¿Estaba soñando o más bien habría llegado al país que tanto añoraba? Sus pies balbucearon en el polvo del camino y deteniéndose, dejó fija su mirada. Con el aliento entrecortado, escuchó atónito todo aquello. Un hombre con una túnica blanca hablaba a cientos, tal vez a miles de personas que escuchaban en silencio. Pero ¿cómo? El amor y la comprensión resonaban como himno. Cada una de aquellas palabras llegaban a su oído tal que un goteo de nieve al fundirse en un arroyo de montaña. El hombre, o mejor, el mago soñador, con un impulso felino comenzó a correr en dirección a la muchedumbre, como mariposa atraída por la luz en una noche de verano. Corría, corría entre la gente. La luz de una estrella fugaz iluminó realzando aún más la figura del hombre de la túnica. De pronto, se encontró ante Él. Levantó las manos con ánimos de abrazarle...

...La oscuridad de la noche envolvía el chispear de una lumbré. Arriba, estrellas. Abajo, tierra trémula. Unas manos levantadas sobresalían de una manta raída a modo de camastro en un suelo sin esperanza. Unos brazos temblorosos sostenían aquellas manos vacías. Vacías de caricias, vacías de cariño, vacías de comprensión, vacías por tantos sinsabores curtidos en la lluvia de la vida. Levantóse lentamente el soñador embriagado de un triste pensamiento, cogió un hatillo a la vez que se apoyaba en un fuerte báculo y comenzó a andar...

“Ayer me pisaron otra vez y nadie estuvo a mi lado para tenderme una mano. Caído entre polvo y sudor vi qué triste es ser camino que todos pisamos con indiferencia y olvido. Huellas que hacemos, llagas que abrimos, tal vez el viento se las lleve... ¡Ventoleraaaa!... Ventolera del camino.”
Que el espíritu de la Navidad ilumine nuestro caminar durante todo el año.

Gerardo García Cuesta

Presentación del libro “Retazos de mi tierra” de Eloy Losada Cosmes, en el teatro de Caja Duero de Salamanca.



El pasado día 10 de noviembre, a las 20.30 horas, en el teatro de Caja Duero de Salamanca, tuvo lugar la presentación del libro de poemas “Retazos de mi tierra” de Eloy Losada Cosmes. En el acto intervinieron, junto con el autor, Sebastián Sánchez Sánchez, presidente de la Asociación Cultural “Amigos de Macotera”, organizadora del evento, Don José Conde Hernández, profesor titular de Patología General y de Alergología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Sevilla, José Manuel Martín Bueno y Eutimio Cuesta Hernández. En las palabras de saludo, Sebastián Sánchez incidió en el compromiso de esta Asociación de avalar y apoyar todas las iniciativas culturales, que tengan como protagonista a Macotera y a los macoteranos. Don José Conde destacó el influjo que ha tenido en la poesía de Eloy la lectura de poetas como Antonio Machado y Gerardo Diego. Eutimio Cuesta leyó una semblanza de la vida del autor en sus correrías por Macotera y José Manuel nos deleitó con la lectura de varios poemas del libro “Retazos de mi tierra”. Eloy nos dirigió unas entrañables palabras y nos obsequió con una selección de poemas, que había elegido con cariño. El personal aplaudió a rabiar a nuestro poeta. Enhorabuena.

Ya está el Niño en el portal

*Ya está el Niño en el portal
que nació en la portería.
San José tiene taller,
y es la portera María.*

*Vengan sabios y doctores
a consultarle sus dudas:
el Niño sábelo todo,
y está esperando en la cuna.*

*Dice que pecado es
hablar mal de los vecinos;
y que pecado no es
besarse por los caminos.*

*“Que se acerquen los pastores
que me divierten un rato;
que se acerquen los humildes;
que se alejen los beatos;*

*que venga la Magdalena;
que venga San Agustín;
que esperen los Reyes Magos,
que les tengo que escribir.”*

Gloria Fuertes

Mi tierra, mi gente.

Boda "in artículo mortis"

A mi tía Isabel (+), que me lo contó.

Olía a tierra mojada y a guisos. El sol estaba alto, colgado de las cornisas y de los balcones como una gran sábana a secar. A su amor se calentaban los pájaros más madrugadores. Habíamos llegado a la ciudad cuando ésta se despertaba. El ruido de los coches, de los carros y las voces de los vendedores ambulantes retumbaban en el laberinto de mis oídos como algo necesario, como siguiendo una pauta, como un signo de identidad de aquel conglomerado humano que había llegado a ser capital de provincia. Lo oigo, vuelvo a escucharlo años después, muchos, casi infinitos, grabado como está en el *compact* de mi memoria. Íbamos a visitar a Doña María. La *serrana* nos había dejado nada más pasar el puente de hierro. En este momento, empezamos a subir una calle en cuesta. Un poco más arriba, en lo alto, haciendo chaflán, está el Teatro Bretón. Lo veo desde aquí. En las ciudades las casas tienen nombre: Teatro Bretón, Cinema Salamanca, Diputación Provincial, Escuela de Artes y Oficios... Podría escribir una retahíla muy larga de todos los nombres, que, entonces, había pegados en las paredes. Hasta que no he sido grande, no he sabido que Bretón era un señor que se llamaba Tomás, que había nacido en Salamanca mediado el siglo pasado y que escribía zarzuelas como *La verbena de la paloma*. Yo pensaba que era el amo del teatro, como Ventura el *Sargentillo* en el pueblo. Yo me quedaba "pa trás". No podía seguir a mi tía, porque iba cargado con un fardel de garbanzos y lentejas. Un poco más arriba del Bretón, estaba la casa de Doña María. Yo lo sabía porque había ido otras veces. Me llevaban para que cargara con el fardel desde la *serrana*. Estaba muy largo, y como esas calles son muy *empinás* y hay un aire frío escondido en las esquinas, vas cargado con el fardel y se te caen los mocos y no te los puedes limpiar. Llegando al Bretón, ya quedaba poco. Lo sabía yo. La puerta era de capital, como marrón, tenía dos hojas; la que se abría era la de la derecha, pero había que llamar al timbre. En las ciudades se cierran las puertas, porque hay muchos forasteros y a lo mejor se meten en casa: unos equivocados y otros con malas intenciones, y roban. Llamabas y enseguida veías el ojo de Doña María, que miraba por una ventana chiquinina y redonda que había en la puerta. Era dorada, de hierro y con rejas. Abría y entrabas como en un portal, pero mucho más chico que los del pueblo de antes. Ahora ya no hay portales. Hay cancelas y "jols". Pero, de lo que me acuerdo yo y mucho es de que había que pasar otra puerta, y cuando se abría ésta era como cuando te tapas los ojos con las manos y los destapas mirando al sol. Era como si soltaran luz con una manguera. Se entraba en un patio pequeño, blanco, blanco, y lleno de rosas de colores. Era tan bonito como el patio de las Elicias, y mucho más guapo que el jardín de Don Gerardo y el de Don Agustín, porque las flores estaban juntas y no había otros colores a su alrededor. Yo siempre que me acuerdo de Doña María y de cuando íbamos a su casa, lo que se me viene más a la cabeza era el patio bonito, bonito de flores. Lo demás de la casa no me viene a la memoria. Se ve que no está grabado. Doña María era muy amiga de mis tías, Isabel y Nati, y también tenía amistad con mi padre y con mi madre. Tenían mucha amistad. Mi tía Nati estuvo allí viviendo cuando aprendió el corte, y a mi padre, cuando estuvo en la cárcel en la guerra, le llevaron un colchón desde casa de Doña María. Y es que Doña María había vivido en mi pueblo, o sea, que la cosa venía de largo. Yo esas cosas las he sabido después. A mí me gustaba ir a su casa por lo de las flores, aunque tuviera que ir cargado con el fardel de las lentejas y los garbanzos. Y es que en el pueblo no había flores en ningún sitio. Nada más que en casa de las Elicias, que no dejaban entrar a nadie y menos a los muchachos, porque les vaciábamos el fregadero desde la calle empujando el tapón con un palo.

Era guapa aquella mujer. A mí me lo parecía. A lo mejor es porque me daba caramelos cuando iba a casa. Pero yo creo que era guapa. Tenía la cara muy blanca y las manos también. Y era normal de alta. Era cariñosa y por eso puede que a un muchacho como yo le pareciera más hermosa. También lo era cuando llegó con 20 ó 21 años. Los mozos la miraban mucho, sobre todo, cuando, tan garbosa, cruzaba la plaza para ir a misa, porque otras salidas no hacía, como no fuera ir a pasar la tarde al hospital con las monjas. El sufrimiento también hace a las mujeres más atractivas y Doña María se quedó huérfana de padre y madre, siendo muy joven, con 17 ó 18 años. Y también muy joven se quedó viuda. Pero, vayamos por partes, para no liar la madeja. Al morir sus padres. Primero, el padre y, meses o años después, la madre. Se la llevó con él un tío que era canónigo de la catedral de Salamanca. Con él estaba tan ricamente, puesto que el ama la quería y la mimaba como si fuera su propia hija. Ella le enseñó a coser, a bordar, a hacer las cosas de la casa y a ayudarla en la cocina, aunque también por las tardes iba a una academia, donde enseñaban un poco de cultura general y buenos modales. A la sombra de su tío canónigo, siguió ahondando en la religiosidad que había aprendido de sus padres. Ni que decir tiene que era una familia muy religiosa. Una vez más el destino tronchó aquella placidez, aquella dulce felicidad de la que venimos llamando Doña María y ya se verá por qué. Su otro tío, hermano también de su madre y del canónigo, ya mayor, soltero y muy delicado de salud, regentaba por aquel entonces la oficina de telégrafos de un pueblo de la provincia de Salamanca, que está en la carretera que va de Peñaranda a Piedrahita, y que se llama Macotera, mi pueblo. Ya hemos dicho que la salud de Don Emilio, que así se llamaba el telegrafista, era precaria. En los últimos meses, se había deteriorado aún más. Así que su hermano el canónigo, Don Adolfo, se vio en la necesidad de desprenderse de su sobrina María, a la que adoraba y a enviarla al pueblo a cuidar a su otro tío.

María lo había mamado desde niña: tenía por costumbre asistir todos los días a misa y comulgar, así como a todos los actos religiosos que se celebraban en la iglesia. Tenía también el hábito de rezar el rosario en familia después de cenar. Aquella su primera mañana en el pueblo, por no molestar a su tío, que descansaba, se asomó a la puerta de la calle para preguntar a la primera persona que pasara a qué hora era la misa y cómo se iba a la iglesia. Había llegado la tarde anterior, ya de noche, en la *serrana* y aunque paraba en la plaza, había ido a esperarla su tío y no se había enterado de nada del pueblo. Hete aquí que, en ese momento, pasaba por la calle la tía Paula la Cucarra.

- Buenos días, señora, por favor -dijo María-

- Ah, hija, no te había visto. ¿Tú eres la sobrina que esperaba Don Emilio?

- Sí, señora, yo soy.

- Por muchos años, dijo la Paula.

- Quisiera saber a qué hora es la misa.

- Avíate, porque ya han esquilado la primera. Voy a buscar la leche, vengo enseguida y vas conmigo.

Ese fue el principio de una amistad que duró mientras ambas partes (los miembros de una y otra familia) estuvieron sobre la faz de la tierra. De la mano de Paula la Cucarra y sus hijas, María conoció el hospital y a las monjas, hijas de San Vicente de Paúl, que lo regentaban. Después, iría todas las tardes a rezar y coser con las monjas. La superiora, en aquel entonces, sor Elena (Sorelena, para los macoteranos) le tomó tal cariño desde el primero momento, que junto con Paula fueron sus protectoras y benefactoras, y sus verdaderas madres. Así lo recordaba y lo contaba años después Doña María.

La salud de Don Emilio iba de mal en peor hasta el extremo de que se esperaba su final de un momento a otro. No sé en este momento si fue sor Elena o Paula, el caso es que ambas vieron que la desgracia se cernía una vez más sobre aquella muchacha, que no había hecho otra cosa que ser buena y que se iba a quedar una vez más huérfana y ya sin amparo alguno.

- Hay que casarla con su tío para que le quede el retiro de viuda, se dijeron sor Elena y Paula la Cucarra.

Lo más difícil fue convencer al señor cura párroco, que, por aquel entonces, era una tal Don Ángel.

- Imposible, -decía- tiene que dar permiso el Papa, porque son consanguíneos.

- "In artículo mortis", -decía sor Elena- la iglesia lo permite.

Paula argumentaba desde el hambre que le esperaba a la muchacha. Al final o finalmente, el cura cedió, y cedió María, que también se resistía. Le daba vergüenza ser la mujer de su tío. ¿Y a quién no? Se celebró la ceremonia en la más absoluta intimidad, sin padrinos, ni sacristán, ni monaguillos. Don Emilio murió a las pocas horas y María, Doña María, en este caso, además de huérfana, se convirtió en viuda, pero con un retiro de quince (15) duros al año. Esta historia, en cuya narración, hemos ahorrado infinidad de detalles importantes para no cansar a los lectores, ocurrió por los años veinte, en un pueblo de la provincia de Salamanca, que está en la carretera que va de Peña-randa a Piedrahita, y que se llama Macotera, mi pueblo.

Pedro Cuesta Calores

Los apellidos Taramona, Oreja y Castelló

De la lista tradicional de apellidos macoteranos, he visto cómo algunos se han ido cayendo del tronco común, mientras otros se han ido incorporando a lo largo del tiempo. Es el caso de los apellidos Taramona, Oreja y Castelló.

El apellido Taramona.

Taramona lo vi, por primera vez, en el libro de Matrimonios de la parroquia, el día 30 de noviembre de 1811. Ese día, se casó Luis de Taramona Abiega con Cándida García, vecina de Macotera y natural de Santiago de la Puebla.

La familia Taramona procede de un pueblo de Vizcaya, de Sodupe de Güeñes. Esta familia se instaló en Macotera hace doscientos años y está a punto de desaparecer en la inmediata generación.

Don Felipe de Taramona era albéitar, (veterinario), y decidió venirse con su mujer, M^a Antonia de Abiega y sus dos hijos, Luis y Pedro, a ejercer su profesión a Macotera. Esto debió suceder hacia 1798.

Su hijo Luis siguió los pasos profesionales de su padre, pero su raíz vasca le obligó a tomar partido por la causa carlista. Una vez, se inició la primera guerra (1833-39), Luis se alistó en el ejército vasco y, pronto, se hizo con el puesto de oficial. Su prestigio le valió su participación directa en la firma de la paz, que se rubricó el día 31 de agosto de 1839, y que se conoce con "el abrazo de Vergara".

Luis, con Cándida García, su primera mujer, tuvo cuatro hijos: M^a de la Encarnación (1815), José Eugenio (1816), Francisca (1822) y Pedro (1824). Enviudó en octubre de 1829 y volvió a casarse en abril de 1831 con María Jiménez, que hacía un mes que había perdido a su marido, Antolín de la Nava.

El otro hijo de Felipe Taramona se llamaba Pedro. Se ganó la vida como tejedor. Contrajo matrimonio con M^a Teresa Durán Blázquez y tuvo ocho hijos: M^a Antonia Tomasa (1820), Juan Calixto (1822), Ana Joaquina (1825), Josefa Catalina (1829), Paula Teresa (1831), Crisóstomo Cándido (1834), Manuel Francisco (1835) y Antonio (1839).

Antonio Taramona Durán se casó con Ana García Hernández. De oficio labrador. La pareja tuvo siete hijos: Juan Manuel (1867), (padre de Ana, Cristóbal y Priscila), M^a Teresa Isabel (1869), M^a Manuela (1781), Gabriel (1875), Fructuoso (1877), Antonio (1880) e Isabel (1882).

El apellido Oreja.

Tenía ganas de seguir la estela del apellido Oreja. En mis andanzas por la historia del pueblo, no lo vi nunca; por eso dedu-

je que, en un momento determinado, debió de engrosar la lista de los apellidos del pueblo. Pero me preguntaba dónde se hallaba ese punto histórico.

Fue fácil dar con él. En el libro de Matrimonios de la parroquia, 244/23, página 58, (10 de enero de 1857), leí lo siguiente:

"Yo, Don Pedro Jorge Vázquez, párroco de Macotera, desposé a Miguel Oreja García, soltero de 21 años de edad, natural y vecino de Herrezuelo, anejo de Anaya de Alba, y de ejercicio labrador, hijo legítimo de Agustín Oreja, natural de dicho Herrezuelo, y de Petra García Ramos, natural de la villa de las Casas de Don Antonio Priorato de León, diócesis de Coria, ya difuntos, con Ana M^a Nieto Bueno, natural y vecina de Macotera, soltera de 20 años, hija de Juan Nieto, labrador, y de Inés Bueno, naturales de este pueblo..."

Miguel era huérfano. Conoció a Ana M^a en Alba en la fiesta de Santa Teresa. Vino a Macotera a casarse y se quedó aquí definitivamente. Pronto, se ganó la estima y reconocimiento de los macoteranos.

La pareja tuvo nueve hijos: Ramona de la Cruz Dolores (1859), Manuel (1861), Juan (1864), José María (1865), Petra (1867), Agustín (1870), Teófilo Andrés (1873), Ana María (1875) y Elvira (1880).

De Teófilo procede buena parte de los Oreja; de Agustín: Eladio y Luis.

Como dato curioso, quiero añadir que el padrino de bautismo de Ramona de la Cruz Dolores fue su tío Don Ramón Nieto, presbítero catedrático de la Universidad Literaria de Salamanca.

El apellido Castelló.

Aparece por Macotera en la segunda mitad del siglo XIX, José Castelló Millán solía venir con frecuencia a Macotera a trasquilas las caballerías. Nosotros, hoy, les llamamos esquiliches; sin embargo, en el siglo pasado, se les conocía por trasquiladores. Total qué más da y qué más tiene. El caso es que José el trasquilador se pasaba aquí largas temporadas, pues no le faltaba trabajo. Le era duro el camino en burro desde Macotera a Flores de Ávila, donde residía con su mujer María García Báñez. Un día lo hablan, y, por fin, deciden abrir su domicilio en Macotera. Y sabemos que están aquí, porque, el día 2 de febrero de 1861 les nace su primer hijo, Lucio.

José Castelló Millán, hijo de Juan Castelló y de Rita Millán, procede de Perales de Alfambra, a 33 kilómetros de Teruel hacia el norte.

La pareja tiene ocho hijos. De su hijo Lucio nace Juan José Castelló; de su hijo Juan: José, Rufo, Pedro, Javier y Antonio, hijos y nietos. Los *esquiliches* que todos conocemos.

Certamen de Poesía Juan Machaca

Nos comunica el jurado que,
una vez leídos y discutidos los trabajos
presentados,
considera que los premios
deben quedar desiertos.





Pedro Calores y Diego Jeromillo



[De izquierda a derecha] Juan Zaballos *Candonguín*, Manuel Hernández *Macuca*, Francisco Madrid *Patitas*, hijo, Francisco Madrid *Patitas*, Fernando Bueno *Mocito*; **en cuclillas**, Juan Francisco Blázquez *Canillas*, disfrutando de unas vacaciones en el Sardinero, pagadas por el Instituto Nacional de Previsión (Año 1958).



[De izquierda a derecha] Pascual *Machaca*, Macario *Dulio*, Francisco *Parleta*, Jerónimo *Dulio*, Alfonso *Capucho*, Ángel *Albardero*, Pedro *Capucho*, Faquín *Esparrama*, Manuel *Corrocho*, Lucas *Perines*. **(en cuclillas)**, Manuel *Prudencio*, Juan *Patitas*, Ramiro *Corrocho*, Juan Francisco *Garbanzo* (Año 1943)



M^{ra} Antonia Minuta y Pablo Pucherero



Damián García Cosmes, Ralín, hizo la mili en Caballería. (Año 1910)



El Pipo con sus promesas. Desde su debut en la plaza de toros de Macotera, no se supo más de ellas

Todo valía.

Nuestro buen amigo, Bueno Salinero Jerónimo, presentó en Arcale del 98 (Feria Internacional de Arte Contemporáneo de Castilla y León) una muestra de dibujos que titulaba “*Formas y objetos encontrados*”. Y una vez observé la colección de sesenta dibujos de la serie de doscientos que guarda Jerónimo, llegué a la conclusión irrefutable de que todo vale.

Jerónimo rescató del inevitable olvido el uso de los objetos desechados y olvidados, y los convirtió en reciclaje sentimental, en el arte del bueno y admirado. Y yo quiero adherirme al intento de Salinero y revivir el uso que nosotros dábamos a los residuos, a las cosas gastadas por el provecho, aquellos objetos que nosotros tocamos y acariciamos con nuestras manos y, después de tanto tiempo, deseamos rescatar del oscuro desván o *sobrao* de la memoria.

Todo vale o todo valía. Hoy se intenta reciclar las basuras y convertirlas en energía; hoy se intenta recuperar la materia de-



sechada y transformarla en algo nuevo y útil. Hoy se pretende hallar una solución científica a todo lo que tiramos, porque tenemos pánico que nos invada y nos contamine, que contagie el medio ambiente y que quebrante, a hurtadillas, nuestra salud.

Antaño, nuestra inteligencia lo aprovechaba todo por otro motivo: la **escasez**, que nos forzó a agudizar nuestro ingenio para satisfacer otras necesidades.

Hagamos un repaso.

A las latas de sardinas vacías, les dábamos varios usos. Florinda se las pedía a mi madre y a las otras vecinas y ella las utilizaba para asentar geranios y plantas; a su tío Julián solía pedirle los botes grandes de aceitunas negras para hincar guindos

silvestres. Toda la pared frontal del corral la tenía repleta de aros y de tientos de lata. Según entrabas en el corral, te daba la impresión de buena pinta. Los diez reales, que cobraba el trapero de la plazuela de Santa Ana por un tiesto de barro, hubiesen acabado con su afición a las plantas y a las flores, y, por lo tanto, hubiese segado su amor sano por la naturaleza.

Otro empleo, que se daba a las latas de sardinas, era para reforzar los bajos de las puertas de madera de las paneras o de las traseras, e incluso de las casas carcomidas por el sempiterno salpiqueo del agua de lluvia. A los niños nos bastaban las latas pequeñas; eran nuestros carros de transporte, que cargábamos de tierra y de cantos y los hacíamos circular por caminos imaginarios con vallados de tierra. Les hacíamos un agujero en la parte delantera con una punta gorda y por el hueco introducíamos una cuerda para el arrastre. Y nos parecía de verdad. Todo era de verdad porque lo creábamos nosotros.

Era muy difícil encontrar una bota vieja entera. Bien le faltaba la suela o el tafilete. En casi todas las casas había un burro y una lezna: bien para machar una punta del zapato o para sustituir una suela gastada por otra arrancada a la bota o al zapato viejo. Los mayores, el tafilete solían emplearlo para poner un cacho de remiendo en la grieta producida por los sudores del pie; en cambio, los muchachos le dábamos otro cometido: lo usábamos como forro de la pelota. Era mejor el forro de la piel de gato o el de pergamino que desgajábamos de los libros de gregoriano de la iglesia, pero, al no haber pan, era bueno el forro negro de la bota o del zapato; lo importante era que las costuras del cosido quedasen bien pegadas al ovillo de lana.

Era muy complicado hallar una herradura de caballería o de buey por un camino. Había hombres, como el tío Ángel, que guardaban un arsenal en el *sobrao*; son embargo, los muchachos protestábamos entre nosotros, porque no nos dejaban una con que poder reunir cinco o seis más y acudir al trapero, para que nos las cambiar por un par de reales y, con ellos, poder comprar un puño de *cacagüeses* o poder ver “Nobleza baturra” en el cine de Ruperto. Antes todos los niños teníamos los bolsos rotos, ¿para qué se iban las madres a molestar en coser los bolsillos si no teníamos nada que guardar?

Hoy se ven montones de platines a la puerta de cualquier bar. Antaño no había tantos platines, por-

que sólo existían los colines y las cervezas. Los platines eran un remedio en nuestros juegos, sobre todo, en verano, pues había que emular a Bernardo Ruiz y a Langarica en la ruta francesa. Al platín le quitábamos el corcho, le colocábamos la cabeza de un ciclista y le poníamos un cristal, que labrábamos pacientemente con una piedra, comiendo su borde hasta que quedaba más bien redondo. La carretera se improvisaba. Los vallados eran de tierra. Lo fino era colocar a tino la uña del dedo corazón.

Todo era un juego. No había muchas cosas, carecíamos de casi todo; por eso, el alma no se contaminaba, porque apenas si había sustancias en los caminos.

Todo valía.

Botos de pura artesanía.

Hacía muchos años que no veía a Eduardo. Hoy está convertido en un hombre serio de treinta años, que se gana la vida en su taller de "artesanía y reparación del calzado". Cuando entré en su recinto, cosía a mano el cerco que abraza la plantilla y el corte de un boto. Aquí no hay trampa ni cartón, sólo artesanía de la buena. Eduardo es hijo de Jesús el zapatero, un muchacho de Babilafuente que a los veintinueve años se vino a trabajar a Macotera en el año 63. Jesús pertenece a una familia, que se gana la vida en este oficio desde tiempo inmemorial; ya



Eduardo en plena faena

su bisabuelo era zapatero y siguió el oficio de su padre y hermanos, y continúa con su hijo Eduardo. Jesús alquiló un cuarto a Diego Jeromillo en la calle Larga y aquí montó su primer taller. Posteriormente, se trasladó a Santiago de la Puebla, donde vivió doce años; por eso, algunos le llaman el zapatero de Santiago. Volvió a Macotera y se estableció en la calle Honda. Hoy está jubilado, y por sus manos corvadas y por sus dedos estilizados, se conoce que vivió en el oficio más de cincuenta años. Como veis, Eduardo mamó el manejo de la lezna y yo diría que el oficio lo lleva hasta en lo más recóndito de los tuétanos. Jesús no puede disimular su rictus de orgullo mientras contempla la buena maniobra de su hijo.

Le pregunté a Eduardo sobre el material que utiliza para elaborar el calzado.

- Piel de ternera, forros de oveja y, para los pisos, suela de cuero. La piel de ternera me la sirven, directamente, de la fábrica de Villarriamiel, provincia de Palencia.

Me cuenta que confecciona todo tipo de calzado: botos, botines y botinas, zapatos, botas de montería y polainas.

- Los cortes los preparo yo, e incluso, atiendo encargos que me piden de Salamanca. Sirvo a Julio García, Benito García, a Mogarraz...

Desconozco el proceso de la elaboración del boto, le digo.

- Se coge la piel y se traza el corte. El corte cons-

ta de dos piezas: la pala y el trasero. Se humedece el corte y se moldea a mano; el moldeado es una labor lenta y paciente, y de él depende la vista y elegancia del boto. Se pone a secar bien al sol o a cualquier tipo de calor. Cumplimentado este proceso, se cose la pala y el trasero, y se procede a confeccionar el piso, aquí se echa mano de la horma. En primer lugar, se coloca la plantilla, se cose el cerco engarzando la plantilla y el corte. Finalizada esta operación, se pone el piso o suela, que, a su vez, se cose al cerco. Todos estos trabajos se realizan a mano. Pura artesanía. Se levantan los tacones y se remata. Se le da una capa de jaboncillo, sustancia que protege y limpia la piel del boto. Conviene que el usuario, de cuando en cuando, le dé una capita para que se conserve fino.

En su relato, Eduardo me cuenta que trabaja para varias casas de Salamanca y, entre sus clientes habituales, figuran reconocidas zapaterías como las de Consuegra (Toledo), Ricardo Maestro (Valladolid), Armando de Talavera de la Reina, Hispano Hípica (Salamanca) y Mota del Cuervo (Cuenca). Esta última casa, además, cuenta con un taller de trajes de torero y le encarga los botos a Eduardo. Nos dice que el Juli gasta un par elaborado por él. Como es natural, confecciono botos a medida a personas particulares de Macotera y de varias provincias de España. Julián Guerra, José Ignacio de la Serna y Julio Campano se encuentran entre sus clientes.

A El Viti le hizo unos botines.

De soslayo, le preguntamos por el precio de un par de botos. ¡Hombre!, los tienes de todos los precios a partir de 16.000 pesetas.

Eduardo se ha ganado un nombre entre los artesanos zapateros salmantinos por su profesionalidad y seriedad. Y prueba de esto es que todos los años, vemos sus ejemplares en la Exposición de la Cámara de Comercio de Salamanca, en la Feria de Muestras de Valladolid, Feria de Salamanca y en la famosa "Fitur".



Su muestrario artesano

Dos libros sobre Macotera.

Se nos tilda desde fuera de pueblo avezado en eso del buen vino y tajada, de la noche eterna y del divertimento desmedido; y se me antoja afirmar que yerran quienes nos conceptúan de ese talante sin haber tenido el tiento de raspar una miaja la corteza que envuelve la singularidad, que determina nuestra identidad como pueblo. Valores trascendentales tenemos, aptitudes no faltan y comportamientos honestos nos sobran; y a toda esta faceta positiva, hay que añadir nuestros defectos que también tenemos, como todo bicho viviente. Como consecuencia de este acerbo, también publicamos libros.

Hoy se lee en la prensa que se han publicado dos libros sobre Macotera. Uno titulado "*Retazos de mi tierra*", cuyo autor es nuestro buen amigo y paisano, Eloy Losada Cosmes; y el otro, "*Arquitectura rural en Macotera*", de José Luis Rivero del Campo, "converso" macoterano desde hace muchísimos años y que quiso rubricar su afinidad, casándose con una simpática macoterana, la hija de Ovidio *Peruchín*.

"*Retazos de mi tierra*" es un libro de poemas, inspirado, plenamente, en esta tierra, que Eloy pateó de chico, que añora en la distancia y que no se resiste a visitar siempre que puede.

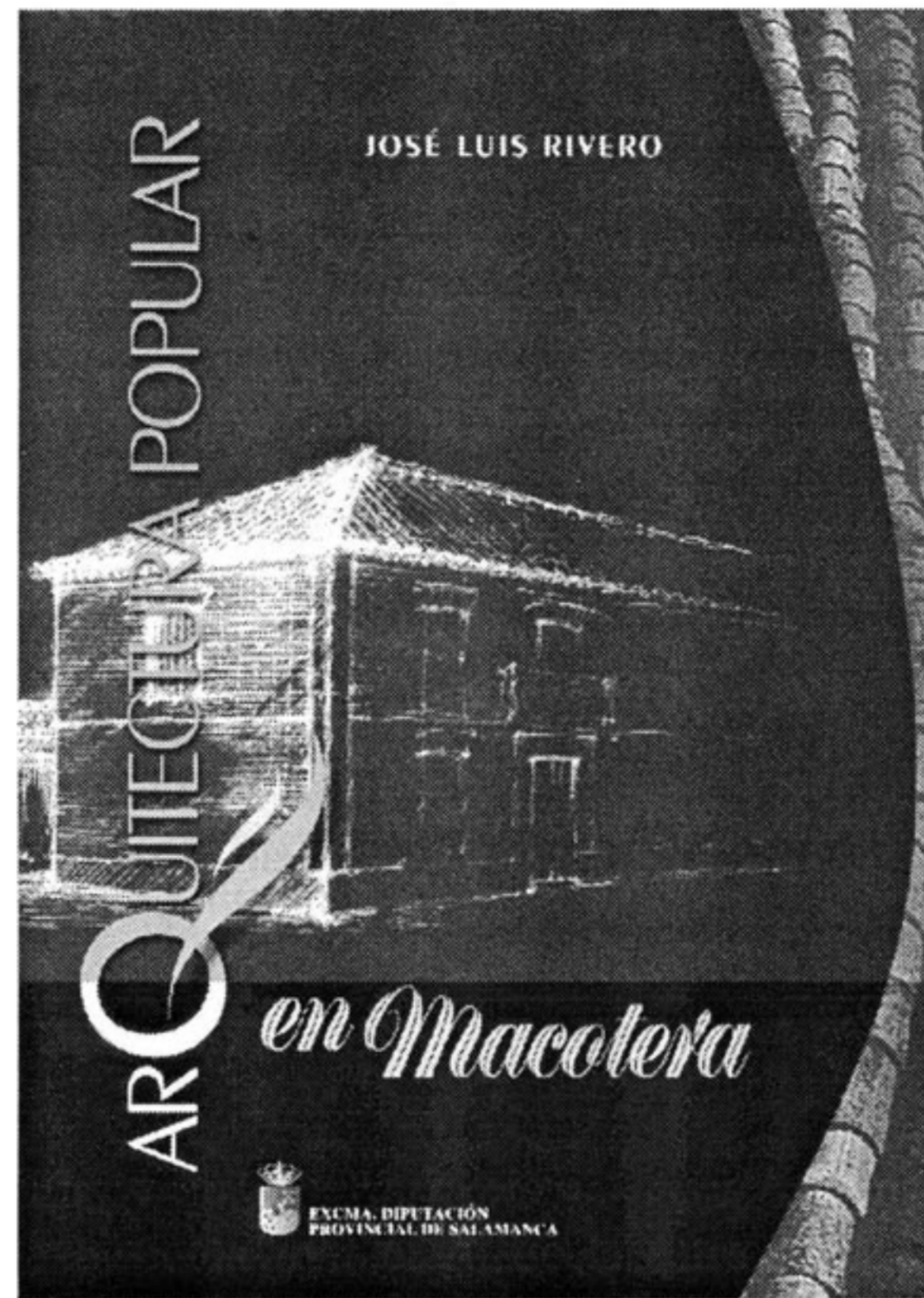


En su libro, muestra recuerdos de su infancia; su tierra, en la que se escucha el cierzo y la pisada quejumbrosa sobre la hoja otoñal en la ribera; la abarca colgando del indiestro; el surco sudoroso tras la fatiga del arado rompiendo barbechos duros y rebeldes; la siega nocturna y sofocante; las siestas del gañán camino del haz, que espera sesteando sobre el cerro; la horca abriendo senderos simulados en la parva; el barril del vino y el fardel con el chorizo y el cacho de queso. Toda nuestra tierra sabe a canción en los versos de Eloy. Y seguimos pasando páginas, y tropezamos con el peregrino y caminante, que le invitan a soñar en libertad y en la ilusión de un joven con esperanza. No se olvida de las costumbres: de nuestras capeas, del "miserere" del viernes santo, de la ronda, de los requiebros de un soñador de amor frustrado. La copla a la reja de la ventana está llena de deleite y de luna. No faltan los homenajes a Machado, a Juan Machaca, su admirado amigo, a Manuel Useros, un entrañable que falleció en edad temprana.

Un libro digno de leerse por su sencillez, por su calor soñador y por la verdad con que ensambla nuestra manera de ser con las cosas que nos pasan cada día.

En su libro, muestra recuerdos de su infancia; su tierra, en la que se escucha el cierzo y la pisada quejumbrosa sobre la hoja otoñal en la ribera; la abarca colgando del indiestro; el surco sudoroso tras la fatiga del arado rompiendo barbechos duros y rebeldes; la siega nocturna y sofocante; las siestas del gañán camino del haz, que

En "*Arquitectura rural en Macotera*", José Luis nos hace una exposición minuciosa de la estructura, estilos y formas del hacer nuestras antañonas viviendas. Para elaborar este trabajo



de suma paciencia y arte, ha pateado calles, ha realizado cientos de esbozos, ha hecho igual número de fotos, ha estudiado interiores y ha contado, en todo su empeño, con la colaboración de su incondicional amigo Antonio Churris y de todo el mundo. Al principio, cuando le veían observar una fachada y tomar apuntes, alguno creyó que era de Hacienda

y le remiraba por la rendija de la puerta; una vez familiarizado el personal con José Luis, la puerta la tenía abierta. Y con esta licencia, subió a desvanes para examinar los distintos entramados de tejados; examinó la distribución de la casa: la cocina con su lumbre, la claraboya y tipo de espejuelos; la sala con su alcoba y sus atrevidas arcadas; el portal con su decoración salpicada con pinturas de bodegones, cacerías y faenas del campo; la cuadra, la pesebrera... No se olvidó de la trampa de la bodega ni de la propia bodega ni del lagar ni de la viga de exprimir la uva ni de la cuba ni de la filigrana de la excavación ni de la bisnera. Salía a la calle, un día sí y otro también, y observaba las fachadas. Primero se fijaba en las cornisas, en los adornos y símbolos mayordomiles, que cubren los espacios vacíos, y en la colocación de los ladrillos; en las distintas formas de puertas, de fallebas, de cerrojos, de llaves, de rejas de ventanas, de portadas traseras... Consultó la forma de levantar el tapial y el uso del mencil, horma de adobes y ladrillos. La obra finaliza con una colección de dibujos en la que puedes reconocer tu propia fachada, tu propia puerta, tu propia cornisa, tu propia portada, tu propia reja... Y te vas a quedar perplejo con la perfección, maestría y profusión de detalle con que está hecha. Y te vas a dar cuenta de la cantidad de horas, de trabajo y de paciencia que ha empleado José Luis para culminar su obra. Sinceramente, merece la pena el pasar un rato leyendo el libro y recreándose en la observación de cada uno de sus dibujos.

NOTA.- "*Arquitectura rural en Macotera*". lo podéis adquirir en Macotera en la droguería de Juanito y en el quiosco y, en Salamanca, en las librerías, al precio de 2.200 pesetas. Su presentación se realizó en Macotera el día 6 de diciembre, día de la Constitución.

La pintura de María Walías.

Me discutía un amigo: “*Eso es una fotografía, no puede ser un retrato al óleo sobre lienzo; es demasiado perfecto y, además no se percibe la pincelada*”. Yo me sonreía mientras me dirigía una mirada dubitativa y perpleja. Amigo mío, le confirmaba: **eso que llamas foto es un auténtico retrato al óleo. Lo he visto con mis propios ojos y mide 73 x 50 centímetros y está colgado en la pared de un comedor.**



Seguía en sus trece y, me cansó tanto, que le llevé a casa de María Walías, su autora. Se convenció y, tras alabar la obra y honrar a la pintora, me pidió mil perdones.



Y la verdad es que nuestra retratista lo hace divino, como se dice hoy. Y subrayo nuestra, porque María Walías es macotera y lo presume con desparpajo. Es hija de Eugenio el Herrador y de Paula la Pipa. Ella hace pintura, pero no vive de la pintura. *Bien quisiera yo, me espeta.*

De pequeña, en la escuela de Avilés, ya demostró sus cualidades innatas por el dibujo. La nota máxima siempre se destacaba en el casillero de las calificaciones. Y siguió la andadura que le marcaba su inclinación, siempre que el tiempo y sus

estudios le dejaban un hueco para regar sus lienzos de arte. Primero era el mar, el paisaje, los bodegones y la sombra de la figura humana le perseguía por cualquier recoveco. Como toda autodidacta, sintió la necesidad de perfeccionar y enriquecer su técnica. Después de su trabajo de administrativa, a los 18 años, se matriculó en la escuela de Artes y Oficios de Avilés. Allí realizó un curso de dibujo y otro de pintura. Ella, en su soledad y envuelta en la luz tiznada de Asturias, se entrenaba, cada tarde, en las nuevas técnicas, que había asimilado en las clases. Su personalidad maduraba y su arte se traslucía con mayor nitidez y realismo.

Se traslada a Salamanca y su ansiedad por la pintura le anima a ampliar aún más sus conocimientos pictóricos. Visita, como alumna, el estudio de la pintora Concha Pérez Daza y el taller del artista, licenciado en Bellas Artes, Adolfo Marqués.

“*Se hace camino al andar*” y María Walías, con estos impulsos, paulatinamente, va subsanando defectos y enderezando los trazos. De sus cuadros extraigo la idea de que se trata de una excelente dibujante. Y aquí, precisamente, radica el asombro que despierta toda su obra figurativa. María Walías es toda una artista, una artista que tiene la desventaja de no ser lo suficientemente conocida. ¡Cuántos triunfos con menos mérito!

Si, en la primera etapa de su carrera artística, la influencia marina, los paisajes y bodegones eran el tema de sus primeros cuadros, desde hace unos años, sus preferencias se han volcado por el retrato. Se encuentra identificada con esta temática y a ella dedica su tiempo. Esta faceta le priva y le absorbe. Y en realidad, todos lo hemos podido comprobar en la exposición individual que presentó en Macotera con motivo de las fiestas de San Roque en la Sala Exposición Cooperativa Macotera, los días 15 al 18 de agosto de 2000.

La curiosidad me empujó a preguntarla a María Walías por las técnicas que emplea en sus cuadros. *Empleo las técnicas clásicas: una combinación de voladuras con empaste, la técnica del “esfumato” y la técnica tenebrista, que puedes observar en la faz de este Cristo.* Casi toda la obra la apoya en óleo sobre lienzo; y el logro del más puro tenebrismo, (el contraste violento entre la luz y la sombra) se acentúa en otros retratos, que me enseña con su singular simpatía.

María Walías define su estilo como realismo figurativo. La figura humana está presente en toda su obra, bien jugando con un animal o con una planta o con el cántaro que acompaña a la despampanante y reflexiva enamorada.

Me volví a casa con el regusto de haber contemplado una muestra realmente muy interesante. No lo digo como paisano que se siente movido al compromiso, no; merece la pena seguir a esta chica; pero, la mejor manera de estimular y elevar a nuestra pintora al lugar que le corresponde por su valía y condiciones, es estar a su lado y abrirla oportunidades donde exponer su obra. La soledad y las dificultades de todo tipo, que soportan estas personas, reclaman nuestra colaboración y servicio.

Nos ha nacido una artista que engrosa nuestro elenco de personajes importantes.

Cuidémosla.

¿Qué se puede hacer?

En el Boletín anterior, nuestro amigo y paisano Pedro Juanancho nos enviaba un escrito en el que nos exponía sus nostalgias teatrales y terminaba su carta con un *s.o.s.* un tanto frustrante: “¿qué se puede hacer?”

Se nos ocurre, como solución inmediata, aconsejarte con que tomes un fuelle, soples sobre las cenizas que cubren el rescoldo y avives las ascuas hasta que prenda la llama. La respuesta es fácil, tenemos mimbres, sólo basta con que empecemos de nuevo, como hemos hecho tantas veces: se elige una obra, un grupo con viejas y nuevas glorias, unos ensayos y al escenario. Cuenta con nuestra ayuda incondicional.



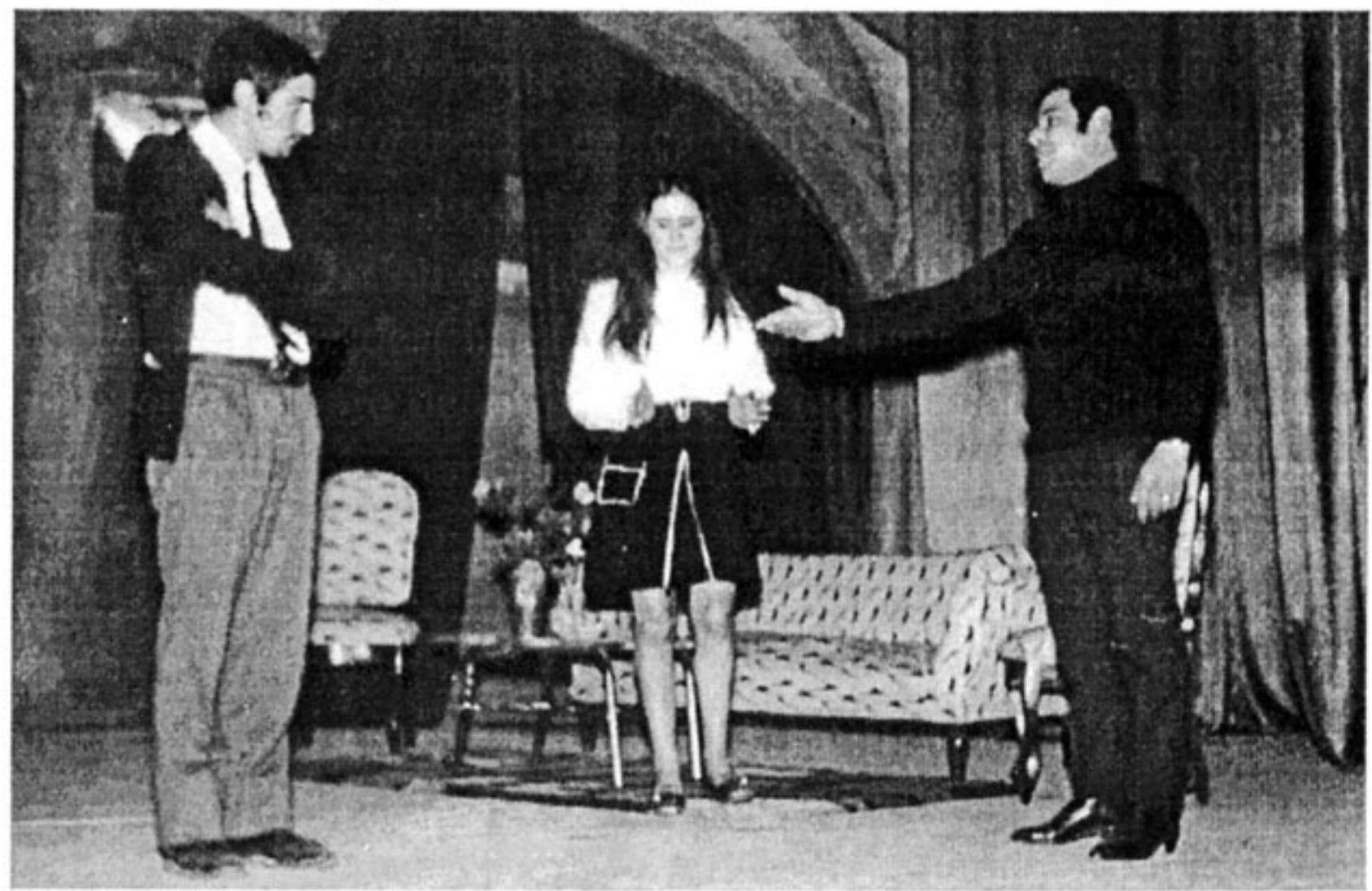
Pedro en una escena de “La rosa de papel”

Tu protesta nos parece fenomenal, siempre hemos considerado el teatro y el deporte como las modalidades culturales más completas y eficaces en la educación y en el desarrollo de la persona, y los resultados son bien evidentes. Y nuestro pueblo, desde el medievo en que el teatro se representaba en las iglesias, hizo sus pinitos, que, luego, prorrogó siglo tras siglo, año tras año, hasta hoy, en que se ha impuesto la cultura del *show*, la galleta y la *tour*.

Y el teatro era la fuente cultural en que bebía la sociedad y en el que se sentía identificada con sus problemas, inquietudes y esperanzas; el teatro fue la oportunidad del hombre de trocar su condición de vasallo por la reivindicación social de ciudadano; el teatro era un acicate, un estímulo, un impulso hacia el progreso y el bienestar de las comunidades. Por esto, el teatro está tan arraigado en el pueblo y lo añora profundamente. Y ahora aún lo echa de menos, porque lo que se le ofrece, no le dice nada, y lo evade de la realidad en que vive. Y esta sensación de vacío le llevó a Pedro Juanancho a revolver el baúl donde se guarda la historia familiar y cercana. Y gracias al teatro, el pueblo enseñó literatura, porque la literatura es la voz del pueblo puesta por escrito; y gracias al escenario, el pueblo, nuestro pueblo, apenas con las cuatro reglas escolares, en un pajar grande, (hasta que Argelio y Ventura construyeron sus salones), supo que existió Cervantes (*Retablo de las maravillas*); Lope de Vega (*El mejor alcalde, el rey, Fuenteovejuna, El caballero de Olmedo...*); Tirso de Molina (*El burlador de Sevilla y El condenado por desconfiado*); Calderón de la Barca (*El alcalde de Zalamea y La vida es sueño*); Zorrilla (*El puñal del*

godo, El zapatero y el rey y El Tenorio); Valle Inclán (*La rosa de papel*); García Lorca, Buero Vallejo, Pemán, Alfonso Paso, Lauro Olmo, Sastre, Casona, Arthur Miller, Bertolt Brecht y tantos...

Macotera disfrutaba con su teatro, sus actores y compañías, (que no quiero citar porque son interminables a lo largo del siglo XX), y las foráneas que, cada año, se acercaban a nuestro pueblo. Y si es justo destacar la satisfacción personal que el teatro provocaba en sus actores, resulta, asimismo, aleccionador el cómo se destinaban los cuatro dineros, que se sacaban de la obra, en pro de un bien social o en la adquisición de una imagen que podía embellecer nuestro culto. Alguno se puede quedar boquiabierto con esta relación de obras y autores, pues puedes sentirte orgulloso de que todo este teatro se representó en los escenarios de tu pueblo. Todos los años, por Navidad y por Pascua, se estrenaba una obra. En tiempos más recientes, todos los veranos se hacía un recorrido con nuestra obra por varios lugares de la provincia, se organizaban certámenes de teatro de ámbito provincial y se ganaron premios en Béjar y en varios concursos regionales, que nos valió representar a la Comunidad de Castilla y León en la muestra nacional para jóvenes, y que compartimos con nuestra gente en el extranjero. Por ello, nos parece requetebién que Pedro Juanancho pretenda resucitar esta afición de Macotera por el teatro y por la misma razón, nosotros estamos dispuestos a colaborar, con nuestros medios personales, a que su ilusión se haga realidad.



Manolo electricista, Amalia Hornera y Pedro Buchito en “Los árboles mueren de pie” de Alejandro Casona.

NOTA.-

En la relación de sacerdotes, que publicamos en el número anterior, nos olvidamos de Teófilo Oreja Domínguez. No incluimos en dicha lista a los hermanos religiosos. Entre ellos, se encuentran Pablo García Blázquez y Urbano López Flores.

DEFUNCIONES

Agapito Jiménez Martín, *Parra*.
 Lucas Bautista Cuesta, *Valeriano*.
 Gertrudis Madrid Durán.
 Isabel Cuesta Martín, *Caloras*.
 Sor María Bueno García, *Ralina*.
 Celedonio Jiménez Martín, *Pondera*.

Escondidos en todas las direcciones posibles, encontrarás el nombre de 12 flores muy conocidas.

Q	W	Z	X	C	V	B	T	N	M	P
U	C	N	A	N	E	C	U	Z	A	I
Q	A	A	W	E	R	R	L	T	T	U
J	M	R	M	A	A	P	I	O	E	I
Z	E	C	X	P	H	R	P	C	L	V
P	L	I	L	A	A	O	A	S	O	R
Q	I	S	W	G	Z	N	N	L	I	M
E	A	O	R	I	A	P	I	Y	V	I
R	L	A	N	O	I	R	I	L	P	O
T	M	L	U	P	G	H	K	P	L	Ñ
Y	U	I	R	A	I	R	G	E	L	A

50 años después.

Nos han remitido este poema del recordado Domingo Bueno Blázquez, el *Ciego*, y encantados lo publicamos.

Macotera, 14 de diciembre de 1950

*A la memoria por la trágica muerte del señor Fernando García.
Con mi profundo sentimiento, envío mi pésame en verso a su querida esposa e hijo y sobrinos de Magán.*

6 de diciembre de 1950.
memoria podemos tener
que la invasión de la nieve
no la pudimos contener.
6 de diciembre repito,
al amanecer el día,
todo el mundo en casa,
que nadie se movía.

En los campos, pueblos y ciudades,
los suelos blanqueaban,
el huracán tan terrible,
que las gentes tiritaban.

El frío era espantoso,
la nieve tan copiosa
por nuestra querida España,
que nunca se vio otra cosa.

Se corre por la alcaldía
la noticia dolorosa:
"Ha desaparecido Fernando García
entre la nieve abundosa".
Cuidaba la lana,
cumpliendo con su deber,
en esa semana
cuando vino a fallecer.

"Sobrino Rosalía,
en el charco murió de frío
tu querido tío".

Macotera, Macotera,
recuerdo has de tener
la desaparición de Fernando
en la nevada de ayer.
Nevada tan fenomenal,
yo no conozco en mi vida;
a los familiares de Mogán,
tan poco se les olvida.
Mi sentimiento profundo
por esta desaparición,
por este hijo del pueblo,
que murió sin confesión;
que en paz descansa su alma,
y la Virgen Concepción
y Dios os den mucha calma,
paciencia y resignación.

*Por el poeta ciego,
Domingo Bueno Blázquez*

El rincón.

El día 19 de agosto de 1900, acordó el consistorio instalar una farola en la Plaza Mayor. Dada su importancia, -dicen los munícipes-, se irán instalando algunas más en las calles más céntricas del pueblo; claro es, siempre que lo permitan los fondos públicos.

En 1909, se inauguró en Macotera la luz eléctrica. En 1910, el Ayuntamiento subastó el alumbrado público: 1.000 bujías por 2.000 pesetas, 66 bombillas de 15 vatios.



boletín informativo
ASOCIACIÓN CULTURAL
AMIGOS DE MACOTERA

Equipo coordinador
Sebastián Sánchez Sánchez
Ramón Jaime López Flores
Eutimio Cuesta Hernández
Diego Losada Cosmes
Fernando Cuesta Martín
Ramón Zaballos Bueno
Juan Manuel González Hernández
Gaspar Blázquez Rodero
José Luis Rivero del Campo
Mª Teresa Gutiérrez Bueno
Juan Bautista Blázquez
Cristóbal Martín Bueno

Depósito Legal: S.192 - 1987
Maqueta, fotocomposición e impresión:
COPISTERÍA OPE
PASEO CANALEJAS, 20
37001 SALAMANCA
923 26.42.73

Dirección de la Asociación:
Boletín Informativo
ASOCIACIÓN CULTURAL
AMIGOS DE MACOTERA
C/ Gardenia, 1, 3º D
37003 - SALAMANCA
Teléf. 923 25 20 12



boletín informativo

ASOCIACIÓN CULTURAL Amigos de Macotera
Cuentas corrientes:
Caja Duero: 2104/0012/60//300001166-1
Argentaria: 0008786325
Cooperativa Macotera "Sección de crédito": 5589

Para los interesados, la cuota es de 100 ptas. al mes.

D.
C/. n° Piso
Localidad C.P.
Provincia